

**BARAHONA PLAZA, Ángel J.**  
Universidad Francisco de Vitoria

@ a.barahona.prof@ufv.es

**Voltaggio, F. G.**

## **Il leone che si è fatto agnello: Studi esegetici su Cristo agnello e servo di Yhwh alla luce del sottofondo ebraico**

Napoli (2017): Chirico  
280 p.

### **1. EL CORDERO Y CRISTO**

El autor va a comentarnos la relación ineludible entre Isaac, el cordero pascual, y Cristo a partir de Juan 19, 31-37. El punto de partida es el momento en el cual uno de los soldados atraviesa con una lanza el costado de Cristo. El cuerpo de Cristo exhibido o alzado sobre la tierra es un gesto profético que venía anunciado desde hacía tiempo. Todos los tiempos que va marcando el Evangelio de Juan hacen referencia siempre a pasajes del Antiguo Testamento que tienen que ver con lo que está sucediendo en el momento en el que el que habla está siendo testigo. Por ejemplo, la insistencia en la Pascua, que parece superflua, en el capítulo 19, versículo 14, no lo es si nos damos cuenta de que nos relata el día y la hora que parece aludir claramente al momento en el cual en el templo se iniciaba la inmolación de los corderos pascuales. Toda esta perícopa se centra en el «cumplimiento de la Escritura». En Juan 19, 24 se hace notar la relevancia del evento, por eso se advierte que todo se centra en el cumplimiento del Antiguo Testamento. También en Juan 19, 34 hay una referencia al cordero Pascual no solamente en tanto que referido a la sangre sino también a los sacrificios del Antiguo Testamento.

Los sacrificios en el AT y en toda la tradición oral y escrita hebrea remiten todos a Isaac. El sacrificio del día del *Yom Kippur* y el sacrificio de los corderos para la pascua, se hacen en el templo de Jerusalén, con gran aparato ritual. La sangre que se derrama es tanta que la estancia reclama ser lavada con profusión de agua que se traía desde la piscina de Siloé. También las vestiduras del sacerdote y el velo del templo sobre el que se había aspergido la sangre necesitaban ser lavadas. Si Juan se queda estupefacto resaltando el costado de Cristo traspasado por la lanza, y enfatiza el vínculo entre la sangre y el agua (v. 35) es que quiere

decirnos algo importante. El evangelista parece decirnos que lo que le está sucediendo a Cristo es una réplica de lo que le sucedió a Isaac, y también que es lo mismo que los sacerdotes hacen en el templo.

La intención del evangelista es probar que Cristo es el verdadero cordero pascual: el cordero *tamid*, que era ofrecido cotidianamente por la mañana y por la tarde en el templo de Jerusalén y constituía un sacrificio «perpetuo» (este es el significado de *tamid*) en expiación de los pecados (prescrito en Nm 28, 2-6). El agua tiene muchas referencias en el AT, pero la más importante tiene que ver con la roca en el desierto de la que brotó como un manantial. La solemne autorrevelación de Jesús contenida en los últimos versículos (Jn 19, 34 y Jn 7, 37-39) es colocada en el «gran día» de la fiesta (v. 37) y en Jn 19, 31-37. La «gran fiesta» se refiere a la fiesta del *Sukkot*: el vínculo entre Jesús y la roca surgente del desierto ya había sido hecho antes de la redacción final del Evangelio por Pablo en 1.<sup>a</sup> Corintios 10, 4. En el *Targum Pseudo Jonatan* a Números 20:11, la roca del desierto hizo surgir primero sangre y después agua cuando Moisés la golpeó con el bastón dos veces. Como podemos ver, el agua de la purificación y el agua de los sacrificios son unidos inseparablemente por el evangelista. La que sale del costado de Cristo es para san Juan una purificación. «Las vísceras de la víctima sacrificial debían ser lavadas con agua» (cf. Ex. 29, 17; Lv 1, 9.13; 8, 21; 9, 14). Sangre y agua por tanto están vinculados inextricablemente en los rituales del templo y en el cuerpo de Cristo. Ambos elementos remiten al bautismo y la eucaristía. Los padres han ampliado esta relación entre el jardín del Edén y aquel en el que Cristo se aparece resucitado. Pero aquí lo curioso reside en el uso del término *pleura*, porque es el mismo que se emplea en los LXX para indicar el «lado o flanco» del templo, en conexión con el Santo de los Santos. La pleura atravesada, y el velo (*katapetasma* en los sinópticos) desgarrado del templo (Mt 27, 51...), porque por un texto de la *Mishnah* (m. Yom 5, 6), nos dice Voltaggio, sabemos que la sangre con la cual el Sumo Sacerdote aspergía el altar en el ritual del *Yom Kippur* fluía por un canal que terminaba en el torrente Cedrón por el lado oriental del templo; y se especifica que la sangre era vendida a los campesinos como fertilizante (m. Mld 3, 2; m. Tem 7, 6; m. Zev 8, 7-11).

Esta sangre obviamente iba mezclada con el agua que se usaba para limpiar el altar que fluía del costado oriental del templo como se decía en la profecía de Ez 47, 1-12.: el profeta veía un torrente de agua salir del lado oriental del templo, descender por el valle Cedrón y resanar el valle del mar Muerto y todo el desierto hasta transformarlo en un jardín y en un mar lleno de peces.

La idea del agua es un preanuncio del Mesías: La visión de los tiempos mesiánicos inundará el pueblo de Dios como un río que irriga todo (Isaías 4, 8-18). De esta manera Dios mismo es llamado «fuente de agua viva» en Jr 2, 13 (LXX). En Isaías 58, 11 el justo es comparado con un jardín irrigado y con una fuente de agua que no se agota. Todos estos conceptos se concentran sobre la imagen profética del río de los últimos tiempos que, irrigando y purificando la tierra por la que pasa, la convierte en un nuevo Edén (Ez 47, 1-12; Zc 13, 1; 14, 8). De esta manera su fecundidad parece por tanto trascender la del río del paraíso de Gn 2, 10-14. La referencia a tal visión profética encontrará su máxima expresión en Ap 22, 1-2 donde el río de agua viva de la Jerusalén mesiánica sale del trono de Dios y del cordero.

Pero lo importante en san Juan es —no se nos olvide— que pone en relación a Cristo con el nuevo templo. Cuando Jesús pone *en relación el templo con su propio cuerpo*, Juan afirma sin ambages que Jesucristo es la nueva tienda, el nuevo templo (Juan 2, 19). San Juan juega



con toda la simbología del Antiguo Testamento que hace referencia a Cristo. Otro de los juegos consiste en presentar paradojas que avalan la misma intuición que la sangre y el agua. Por ejemplo: corderos que son pastores. «Como en Ap 14, 1-5, la imagen del cordero que guía a sus elegidos como a un rebaño es particularmente sugerente. Una y otra vez aparece como una concentración de símbolos. La paradoja ínsita en ella atrae la atención del lector y lo invita a entrar en la profundidad de este “desconcertante” oxímoron» (p. 155). El oxímoron continúa con este binomio combinado parecido al cordero/pastor. «Sangre que lava vestiduras blancas». El autor del Apocalipsis introduce el exabrupto «metáforas paradójicas», que son imposibles no solo de visualizar sino siquiera de pensar: sangre-vestidura blanca, cordero-pastor (p. 160).

El autor trata de preguntarnos cómo es posible una sangre que vuelve blanco algo y un cordero que hace de pastor para llevar a abreviar al rebaño a la fuente de agua viva. Es imposible, nos dice Voltaggio, entender el Apocalipsis sin acudir al trasfondo del AT: 814 citas hay del AT en el Apocalipsis. Así, por ejemplo, otro de los elementos claves es de dónde viene lo de «las vestiduras blancas». La palabra *stolè* significa vestimenta de cualquier género, sobre vestido, pero más de 40 veces de las 98 que aparece en la Biblia de los LXX se refiere vestiduras sacerdotales. Se trata de una vestidura santa (Ex 28, 2). Parece plausible que su uso sea restringido en el Apocalipsis al ser sacerdote del Dios vivo. El blanco se trata siempre de un color que remite a la resurrección de Cristo. El joven que hace el anuncio de la resurrección de Cristo va revestido de una vestidura blanca. En el NT la transfiguración anticipa la importancia de este color (Mt 17, 2; Mc 9, 3; Lc 9, 29). También los ángeles que anuncian su resurrección y muestran su ascensión van vestidos de blanco (Mt 28, 3; Jn 20, 12; Hechos 1, 10). En el Apocalipsis lo mismo, además es el color típico para expresar la victoria. Al vencedor se le dará una vestidura blanca con un nombre nuevo. Es el hábito de los 24 ancianos (4, 4) y de los mártires (6, 11). A la iglesia de Sardes se le denuncia que algunos han manchado sus vestiduras, etc.

## 2. EL HISOPO

Otro dato curioso: la sangre del cordero pascual era aspergida mediante un ramo de hisopo (ex 12, 22); tal vez por este seguimiento del Éxodo por parte de Juan en la inmolación de Jesús como nuevo cordero pascual a Jesús crucificado se le ofrece vinagre con una rama de hisopo (Jn 19, 29) que a su vez remite al Salmo 51, 9: «Aspérgeme con una rama de hisopo y quedaré puro, lávame y quedaré blanco como la nieve». El autor tiene clara la relación entre «la sangre de Cristo, perfecta víctima sacrificial (se usa el término *amomon*, característica de los animales aptos para el sacrificio) que tiene el poder de purificar (*kazariei*) la conciencia de las obras muertas para servir al Dios viviente (se usa el verbo *latreuein*, como en Ap 7, 15)» (pp. 175-176).

## 3. EL TEMPLO, LUGAR DEL SACRIFICIO DEL CORDERO

Dice el Apocalipsis que la multitud estaba delante del trono de Dios prestando servicio día y noche en su templo. Qué simboliza este templo (naos = templo). El término aparece 16 veces



y tiene una relevancia particular. Nunca usa en su lugar el término *ieron*, predilecto de los sinópticos, de Juan incluso y de los Hechos. ¿Por qué?

El autor nos pregunta:

*mientras que ieron indica más bien el edificio sagrado del templo, nos designa su corazón, el lugar donde habita Dios (incluso con referencia al Santo de los Santos), aunque el término pueda indicar por metonimia todo el templo [...]. Cómo entender entonces que en Ap 21, 22 el autor diga mirando a la nueva Jerusalén: «En ella no vi ningún templo: el Señor Dios, el Omnipotente, y el Cordero eran su templo». Se nota aquí una evidente progresión hacia el simbolismo del templo: al inicio permanece ambiguo cuál es el templo, enseguida se califica como un lugar en «el cielo», al final, el templo de la nueva Jerusalén es Dios mismo y el Cordero. El templo recibe así una simbolización mayor siempre, hasta designar la perfecta unión con Dios y con el Cordero (puesto en el mismo plano que Dios) (p. 178).*

Detrás del término *templo* en el apocalipsis (Ap 7, 9-17) está la fiesta de *sukkot*. Una grandiosa fiesta litúrgica que es descrita en el Éxodo casi como en el Apocalipsis: vestiduras blancas, hábito festivo, palmas en las manos, referencias a la tienda de la reunión y habitar en tiendas que siempre remiten al templo y con trazos escatológicos (cf. Zc 14). En el fondo, el tema del Apocalipsis es que una vez que ha llegado el Mesías comienza el auténtico y definitivo éxodo. Todos los símbolos del AT se congregan: el agua, las tiendas, el cordero, el jardín del Edén. En la fiesta de *sukkot* se leían juntas las lecturas de Ex 17, 1-7; Nm 20, 1-13; Ez 47... al contar el episodio de la roca en el desierto. La iglesia primitiva ya estaba en disposición de comprender en qué consiste la revelación de la fiesta por excelencia de la espera mesiánica y la iniciación bautismal.

¿Cuál es la clave que rige el devenir de la historia?: el cordero, responde el autor del Apocalipsis. Como señala Voltaggio:

*El Cordero domina la historia: el dominio de Cristo viene en la mansedumbre. Con la misma autoridad y mansedumbre guía a la multitud de la Iglesia, haciéndola participe de la victoria pascual. La iglesia aparece, así, como una grey conducida a los pastos por un Cordero. Los cristianos son invitados a conservar incluso en la tribulación el espíritu del Cordero, sabiendo que nuestra victoria final está asegurada, ya que se reproducirá en nosotros el mismo iter existencial que Cristo (p. 195).*

Dicen el *Targum Palestinense* a Lv 22, 27, el Pseudo Jonatán y el *Neophity* a Ex 1, 15 que el Faraón tiene un sueño de un cordero que puesto sobre la balanza pesa más que todo Egipto. Este cordero es para todos ellos, tomando la idea de Filón, un paradigma evidente de Isaac sacrificado sobre el Moria. Todo está plagado de connotaciones mesiánicas.

Resulta fácil, pues, entender que la tradición asocia sin dudar Isaac, cordero, a Cristo/cuerpo-templo.



*Jesús es presentado, desde el inicio del evangelio como «Cordero de Dios que quita/carga (ho airon) (según las dos traducciones posibles) el pecado del mundo». (Jn 1, 29; cf. 1, 36) [...]. Jesús no quita el pecado eliminándolo tout court. Al contrario, los quita cargándose los, igual que la víctima sacrificial [...]. Ya se ha dicho que el término aramaico taly/talya' que designa al «cordero» puede indicar también a un «niño», un «joven» y también como «siervo»: la asociación entre «cordero» y «siervo» (y «niño» es un término particularmente amado por Jesús para indicar al que cree en él) era, por tanto, común y espontánea en lengua aramaica (p. 216).*

En san Juan esa asociación está explicitada en todas partes.

*Este Cristo/amid, atado en un jardín pegado al Monte Moria/templo (Jn 18, 12) Jesús, Hijo único y amado confía en su Padre, como Isaac (cf. Jn 22, 2.7; Jn 1, 14; 3, 16) y maniatado (Jn 18, 24) para ser procesado, examinado, sacrificado como un cordero, como el siervo de YHWH en Is 53. Más aún, como se ha dicho, la hora en la cual tuvo lugar la crucifixión de Jesús es la misma en la que se empezaba a ofrecer los corderos pascuales en el templo (Cf. Jn 19, 14). Otro elemento que pone en relación con Isaac y el cordero pascual con la persona de Jesucristo y la sangre. La sangre de Jesús es derramada en el sacrificio... Jesús colgado de la cruz, le acercan un ramo de hisopo con una caña empapada en vinagre (Jn 19, 29). El hisopo no se utilizaba para estos fines. Por eso Juan tiene en mente todavía el cordero pascual, cuya sangre había sido aspergida con hisopo sobre los dinteles de la puerta de los israelitas que había servido para salvarlos de la muerte de Egipto (Ex 12, 22, donde se prescribe a los hebreos «empapar/tintar» el hisopo en la sangre) (p. 218).*

Es curioso porque todavía hoy en la pascua hebrea se hace este tipo de rito empapando un ramito de hisopo en vinagre. La sangre del cordero, con su poder expiatorio, está presente también en la pascua judía. Recuerda la sangre de la alianza, a la que Jesús da un nuevo significado. En Lucas: «este es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre, que será derramado por vosotros» (Lc 22, 20).

El libro de Voltaggio fundamenta la perspectiva teológica que avala la tesis girardiana del chivo expiatorio a través de la idea de cuerpo-templo como lugar sacrificial. Esta es la idea central. El cuerpo, al ser reproducido orgánicamente en la estructura arquitectónica del templo, convierte a este en algo más que el lugar del sacrificio de expiación. El continente y el contenido, a través de la figura del cuerpo-cordero-templo se fusionan. La sangre y el agua, el animal y el hombre, el espacio y el tiempo litúrgico, generan una simbiosis única en el mundo judío y el cristianismo primitivo que avalan exegéticamente las grandes intuiciones girardianas. Dicho todo esto, podemos afirmar desde la lectura de Voltaggio «que la clave hermenéutica de la Escritura y de toda la historia de la salvación es y será siempre el Cordero» (p. 225). Gracias a la exégesis de Voltaggio podemos entender por qué la revelación judeocristiana es tan definitiva en la tesis girardiana.

